

ENCUENTRO MONÁSTICO EN SANTO DOMINGO

En la Vega, República Dominicana, coincidiendo con la celebración de la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y el viaje del Santo Padre, se realizó un Encuentro Monástico, del 9 al 12 de octubre de 1992. En él los monjes y monjas, representando a los monasterios de la UMLA, reflexionaron sobre la presencia contemplativa y la nueva evangelización. A continuación se transcribe el mensaje que, en nombre del Santo Padre, envió el Cardenal Angelo Sodano, Secretario de Estado, y la carta que resume el fruto de las deliberaciones del Encuentro.



SECRETARIA DE ESTADO

VATICANO, 12 de octubre de 1992

PRIMERA SECCIÓN - ASUNTOS GENERALES

Su Santidad Juan Pablo II saluda con particular afecto a los participantes en el encuentro de la Unión Monástica de América Latina, que tiene lugar en el Santuario Nacional del Santo Cerro, La Vega, y se une a ellos espiritualmente en la Santa Misa de clausura, mientras les alienta a ser siempre testigos de los valores evangélicos en el seguimiento radical a Cristo y en la entrega generosa a los hermanos en fidelidad a la propia vocación y a la Iglesia.

En este V Centenario de la llegada de la Buena Nueva a América, el Santo Padre les invita a asociarse, con la oración y el sacrificio, a la obra de la nueva evangelización conscientes de que, desde la vida austera del claustro, son preciosos colaboradores en la edificación del Reino de Dios y son signos de la dimensión escatológica del mensaje cristiano.

Mientras eleva fervientes plegarias para que el Señor haga muy fecundos los trabajos de ese encuentro y se digne bendecir a su Iglesia con abundantes vocaciones a la vida contemplativa, el Sumo Pontífice les encomienda a la maternal protección de la Santísima Virgen y, en prenda de la constante asistencia divina, les imparte la implorada Bendición Apostólica.

Card. Angelo Sodano

Cardenal Angelo Sodano
Secretario de Estado de Su Santidad

CARTA DE LOS MONJES Y MONJAS DE AMÉRICA LATINA

A NUESTROS QUERIDOS PASTORES Y DEMÁS PARTICIPANTES DE LA IVª. CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO

Queremos comunicarles en esta sencilla carta, que quiere ser cariñosa y abierta, lo que hemos experimentado en estos días de reflexión y oración, en el Encuentro Monástico que tuvo lugar en el Santo Cerro, diócesis de La Vega, República Dominicana, los días 9 al 12 de octubre de 1992, con ocasión de los 500 años de la llegada del Evangelio a estas tierras, y de la IVª. Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.

La Iglesia está abocada a una Nueva Evangelización, lo que la lleva necesariamente a revisar lo ya realizado. Esto hace que no hablemos de segunda evangelización, sino de NUEVA. Lo nuevo se opone a lo viejo, y solo puede dárlo el Espíritu Santo, que todo lo renueva haciéndonos renacer, dándonos un corazón nuevo, mandamiento nuevo, vida nueva y recreándonos como humanidad nueva.

La vida monástica, que es Vida en el Espíritu, nos hace experimentar cada día la fuerza de esta ANTIGUA NÓVEDAD (Documento de Trabajo 440-444).

En nuestra Iglesia todos hemos tomado conciencia de que cuando llegó el Evangelio a estas tierras hubo sombras, omisiones, errores y olvidos. Hoy somos responsables de subsanarlos a la vez que nos sentimos llamados a celebrar la FE que hemos recibido como Don de Dios. Nos sentimos especialmente sensibilizados ante la realidad de las culturas indígenas, los pueblos afroamericanos, la marginación de la mujer, etc.

En la primera evangelización de América ha habido sectores que han estado ausentes, y entre ellos, aunque parezca extraño, estuvieron los monjes. Como recordaba el Documento de Puebla,

los monjes y los monasterios fueron fundamentales en la evangelización de Europa. Pero no fue lo mismo para la América de la España del período barroco del siglo XVI. En este segundo caso la evangelización en cuanto anuncio explícito, prevaleció sobre la forma clásica monástica de evangelización.

Sólo el Brasil contó con monjes ya desde el siglo XVI. Al resto de América los monjes llegaron muy tarde. En los países de habla hispana, entraron recién a finales del siglo pasado en su forma benedictina, sólo a mediados de éste, en la forma cisterciense, cartujana y carmelita.

Nos alegra darnos cuenta de que hoy estamos presentes, y no como una referencia al pasado europeo, sino al presente y futuro latinoamericano.

Hoy somos unos 125 monasterios benedictinos, cistercienses y otros, implantados en los muy variados contextos de las Iglesias particulares, viviendo la unidad en la diversidad. Nos vemos reflejados en lo que el Documento de Trabajo plantea como un gran desafío: LA UNIDAD EN LA DIVERSIDAD (DT 605-606).

Por eso, desde esta experiencia rica y variada, no exenta tampoco de errores y pruebas, deseamos aportar también nuestra voz. La vida contemplativa ocupa "un lugar muy preclaro en el Cuerpo Místico de Cristo; ofrece a Dios un eximio sacrificio de alabanza, ilustrando al pueblo de Dios con ubérrimos frutos de santidad; lo mueven con el ejemplo y lo dilatan con una oculta fecundidad apostólica" (PC 7; CIC 674).

En el Documento de Trabajo reconocemos una descripción de la posible contribución de la vida monástica a la Nueva Evangelización. En el N° 264 se habla del papel estimulante del retorno a las fuentes primordiales de la experiencia de Dios. Y se afirma que dentro de la originalidad de la Nueva Evangelización, el ardor de ésta tiene sus raíces en una sólida espiritualidad de la contemplación (DT 522 y 528).

Se descubre también, por otra parte, que hoy en América Latina vamos hacia una nueva cultura, o una síntesis nueva de nuestras diferentes culturas. Entre los grandes valores que nuestro pueblo latinoamericano tiene para aportar a esta nueva síntesis está: "...el respeto de la vida como Don de Dios, el sentido comunitario, la hospitalidad y la acogida cordial, el neocomunitarismo de base, especialmente entre los pobres" (DT 188).

Sin embargo esta nueva cultura está necesitada de evangelización, ya que sin la "...confrontación con lo Absoluto, sin encuentro personal con Jesucristo, sin experiencia profunda del Espíritu, la vivencia cristiana carece de solidez y estabilidad" (DT 660).

Es aquí donde reconocemos la posibilidad de una mutua fecundación entre la cultura adveniente, las culturas autóctonas y los valores que la cultura monástica se esfuerza por encarnar: sentido de una vida sana y plena, en armonía con el ritmo de la naturaleza, las estaciones y el cosmos; una economía transparente, de autosubsistencia, que enaltece el trabajo productivo; el sentido de las necesidades reales, como antídoto al consumismo; una participación justa en los bienes; un humanismo integral con sentido de pertenencia a una familia-comunidad, y el sentido en ella del desarrollo de la persona, su estabilidad y una vida en la belleza de la simplicidad.

Todo esto estructura la vida humana en la que se rescatan los valores ecológicos, sociales, culturales, antropológicos, psicológicos. Con ello se crea el ambiente favorable para la vivencia de los valores evangélicos: la conversión continua, la constante búsqueda de Dios animada por el Espíritu que conduce al desierto, Espíritu que anima a asumir la Cruz en cuanto necesaria para cumplir la voluntad del Padre, y suscita la renuncia a la propia voluntad, Espíritu que introduce en el silencio, lleva a la lectura orante de las Sagradas Escrituras y de las fuentes primordiales (tradición de los Padres y Maestros de la mística), y, finalmente, se expresa en la celebración y en la fiesta litúrgica.

Es desde la fidelidad a estos valores propios de la vocación monástica, que las monjas y monjes reunidos en La Vega, sentimos poder contribuir a la Nueva Evangelización (AG 40). Queremos hacer visible en nuestros monasterios y hospederías la realidad profunda del ser de la Iglesia como lugar habitable para los hombres y las mujeres de hoy (DT 537).

Al reflexionar en estos días, mientras orábamos juntos, sobre el espacio que debemos generar en nuestros monasterios como lugares de encuentro para nosotros mismos y para todo el Pueblo de Dios, experimentamos que estos deben ser:

— ESPACIOS de silencio para el encuentro con Dios en Cristo.

- ESPACIOS de oración y de contemplación.
- ESPACIOS ricos de tiempo para la gratuidad, la celebración, y la fiesta para Dios.
- ESPACIOS de corazón dilatado para la acogida en la unidad y la caridad, para todos los que buscan a Dios.
- ESPACIOS de reconciliación, fraternidad y comunión.
- ESPACIOS, en fin, donde seguimos y acogemos a Cristo pobre, tomando por guía el evangelio, el cual nos lleve a todos juntos a su Reino de fraternidad y filiación.

Hemos querido compartir sencillamente el fruto de nuestra reflexión y oración por medio de esta carta, para expresar nuestro deseo de contribuir desde esta presencia peculiar que es la nuestra, en esta hora de la Nueva Evangelización, de América Latina.

Sentimos también que la secular ausencia de vida monástica en gran parte de nuestro continente, hace necesaria esta comunicación, para aumentar el conocimiento y comunión entre todos los miembros del pueblo de Dios: obispos, sacerdotes, seminaristas, religiosos, laicos y monjes.

Al despedirnos, somos conscientes de haber estado pisando una tierra especialmente santa. Aquí, en este Santo Cerro de la Diócesis de La Vega, cuna de la primera comunidad cristiana en tierra americana, hemos implorado para todos nuestros pueblos la bendición de Santa María Virgen. Aquí, donde se impartió el bautismo al primer grupo de evangelizados nativos, queremos asumir plenamente nuestro propio bautismo, proclamando como Señor de nuestras vidas a Cristo, el mismo de ayer, de hoy y de siempre. Habiendo contado en estos días con la presencia física de algunos de nuestros pastores, queremos agradecer a todos los que nos expresaron su apoyo y su afecto.

La presencia de nuestro Papa Juan Pablo II y el haber compartido ayer, 11 de octubre, la Eucaristía que con él celebró todo el Pueblo de Dios, nos hace dar gracias a Dios nuestro Padre por la profunda comunión que todas estas experiencias nos han significado. Experiencia de hospitalidad de este pueblo dominicano, que nos compromete para con todos nuestros hermanos de este continente, y para con todos los hombres.

Que María, Madre de la Misericordia en su advocación de la Merced, venerada desde el inicio en este Cerro Santo, derrame su mirada buena de Madre sobre cuantos participen en esta IVª Conferencia General del Episcopado en Latinoamérica.

Fraternalmente, los participantes del Encuentro Monástico en el Vº Centenario del comienzo de la Evangelización.

Santo Cerro, La Vega, Rep. Dominicana
12 de octubre de 1992